

los sentimientos humanos. Prueba es no sólo de finura, sino de fortaleza, (y ¿qué finura sin fortaleza vale nada?) el silencio de Miguel, como el silencio de Lope, en circunstancia igual.

A Lope se le muere el padre, y él compone uno de sus mejores sonetos; se le muere la madre, y calla, él que nunca pudo callar ni sus más leves cuitas. Encontramos en el teatro de Lope algunos padres, algunos magníficos, venerables y grandiosos abuelos, como Tello de Meneses; madres, hay pocas y no corresponden al brío del autor, ni á la calidad de los demás personajes.

Murió la madre de Miguel. Miguel calló. Su silencio en tal ocasión es una de sus obras mejores y más castizas.

CAPÍTULO XXXVIII

EL "VERANILLO," DE MIGUEL.—SIGUEN LAS AGONÍAS
DE LA CORTE.—GRANADA.

Muerta Doña Leonor de Cortinas, Miguel, así que pudo, regresó á Madrid. ¿Qué le atraía á la corte? No podemos suponer que se sintiese ya Cervantes absolutamente desgarrado de su casa y de los afectos familiares, como tantos otros hombres de camino y de callejuela que por entonces cruzaban la nación. Endurecido y acorobanado debía de tener el cuero en sus cuarenta y siete años de marchas sin descansar, pero el corazón de seguro que aún estaba tierno y sensible, á pesar de los golpes sufridos. Costábale trabajo creer que su persona ya no interesara á nadie.

Hay que fijarse mucho en esto, que es tan triste y tan fecundo para la elevación de las almas. Transcurridos los cuarenta años (algunas veces, al pasar los treinta), hasta el que más descuidado, valeroso é inaprensivo sea, necesita y requiere que alguien le haga caso, le estime y le abrigue ó siquiera le resguarde contra la frialdad letal del mundo. La fortaleza de Cervantes y su genial temple, que tundidos por la experiencia le habían hecho formar un concepto claro y sintético de la vida y con él ir trampeando, no bastaban á eximirle de esa ley general. Miguel no tenía á sus cuarenta y siete años, como el Justo á los treinta y tres, ni un pedrusco en donde reposar la cabeza.

Mientras él andaba de pueblo en pueblo y de venta en mesón, aporreado y aperreado, en ministerios y comisiones que no le agradaban ni á nadie agradar podían, su buena y fiel Doña Catalina de Salazar llevaba en el caserón de Esquivias la vida remolo-

na y gozaba el sosiego de los lugares, departiendo con su hermano el clérigo administrador, acerca del cariz de los barbechos ó de la muestra de las olivas, ó bien descabezaba una siesta junto á la lumbre, dejando soltarse los puntos de la comenzada media ó abandonando á los juguetes del gato el cestillo de la labor. No se diga nada malo de esta excelente señora; declárese únicamente que dejó pasar años y años sin preocuparse poco ni mucho de su marido.

El problema del vivir se presentaba otra vez ante los cansados ojos del Ingenioso Hidalgo; no había para resolverle nuevos términos hábiles. O meterse en Esquivias á vegetar, si licencia le daban para ello su mujer y su cuñado, ó seguir, sin esperanza de sosiego, la vida errante y aventurera, en la que ya conocía ó suponía cuanto pudiera acontecerle.

No nos engañemos románticamente pensando que la alegría de Miguel le salvaba de todas estas cavilaciones. Un alma tan grande no puede vivir en perpetuo regocijo; á un espíritu como el suyo no le puede satisfacer de un modo perenne y diario ese atractivo de lo pintoresco que en la vagabundez adivinan los que no han sido vagabundos ó lo han sido por deporte y por pocos días, sin obligación alguna. No hay en las obras y hechos de Miguel, rastro del desequilibrio que la vida nómada acusa generalmente en quien la sigue. Fué él siempre lo que se llama un hombre ponderado, y lo prueba la predilección que tuvo por los locos y la sagacidad con que estudió y pintó demencias y vesanias.

A este hombre, es forzoso inferir que el desasosiego de la vida que llevaba llegó á cansarle, y el hecho de habersele muerto su madre, una madre como Doña Leonor de Cortinas, tan valiente, resuelta y probada en todo maternal sacrificio, y de no haber podido él hallarse á su lado, debió de hacerle recápacitar, rehacerse, tomar una resolución. Ved aquí, ved la influencia callada y nunca explícita de estas madres españolas, nada teatrales, de estas madres que jamás prorrumpen en gritos imitables por esta ó aquella actriz, ni traducibles al lenguaje escénico, de estas madres que, animosas, siguen con ojos enjutos al hijo que se marcha al camino incierto ó á la guerra cruel y no dejan correr las lágrimas

hasta que se hallan solas, donde á nadie perturbe, ni á nadie compunja su dolor. La muerte de Doña Leonor de Cortinas, hace poco á poco operación en el ánimo de Cervantes, le arranca tal vez del mundo de trivialidades y pequeñeces en que estaba sumido, le hace partir de nuevo con el ánimo y la esperanza de rehacer su vida.

Cabizbajo y entristecido atraviesa una vez más Miguel los caminos trillados de Sevilla á Madrid, en la primavera de 1594. Se detiene en Esquivias. ¿Pensaréis que su mujer doña Catalina no ha de recibirle con afable gesto? Al contrario. Estas hidalgas de los pueblos chicos tienen la suprema habilidad ó el soberano desdén de fingir que el tiempo no ha pasado por su corazón ni por su cara. En eso consiste todo su imperio. Doña Catalina es y todas ellas son lo que les manda el cura al leerles la epístola: arca cerrada. Podrá creerse que nada tienen dentro: créalo quien quiera ó quien no esté hecho á abrir muchas arcas y á apreciar los retales deslucidos, las cintas ajadas, los papeles amarillentos que en ellas suelen conservarse.

Mientras Miguel ha adquirido aquella viril belleza del hombre maduro, á quien poco ó nada de cuanto ocurra puede suspender ni maravillarse, doña Catalina ha conservado la hermosura de lo que se guarda y reserva, esa delicadeza rara y peregrina de los cuadritos de tabla que en las capillas ó sacristías de las catedrales se custodian cubiertos con una cortinilla que fué morada y es violeta tirando á gris. Las facciones se han desecado un poco, tal vez la arista del hueso comienza á dibujar líneas ligeramente angulosas en la quijada, en la barbilla, en el filo de la nariz; las mejillas están un si es no es demacradas, la frente un tanto marfilina, el pelo una miaja lacio, pero, en cambio, en medio de todo este conjunto que espiritualiza y santifica el rostro, los ojos, siempre jóvenes, arden en sus cráteres morados, calenturientos. En ellos está la vida, el amor ahorrado y quien sepa despertarla y acierte á excitarle verá si el arca cerrada está vacía y olerá los perfumes manidos, que son los más suaves y palpará las sedas mus-tias, que son las más halagüeñas al tacto.

Quien nunca poseyó un viejo castillo ó siquiera un caserón

solariego, del que viviese alejado por muchos años, por ese espacio de tiempo que es una época en la vida y no disfrutó el deleite exquisito de volver á abrir las ventanas que rechinan, persuadidas de que ya era su destino quedarse cerradas para siempre, y de palpar las sedas de los cortinones que crujen resignadas á salir de su letargo: y de echarse de golpe en las butacas viejas cuyos muelles vibran protestando y de recorrer las teclas del desacorde clave que con mudez perpetua soñaba ¿qué sabe del placer que para Cervantes sería gozar del estancado amor, remover las aguas hondas, gustar las sequedades primeras de su doña Catalina, la hermosa hidalga estéril, que ya se había habituado á la idea y al hecho de una continua y prematura viudez y quizás pasaba largas horas, días y aun meses, libre de la obsesión amorosa y del recuerdo de su marido?

Veintinueve años tenía entonces doña Catalina. Considerad los que sabéis de estas cosas qué son veintinueve años para fruídos por un hombre robusto y sano de cuarenta y siete. Miguel tuvo entonces acaso los momentos más hondamente felices de su existencia. No duraron mucho. Harto conocía el Ingenioso Hidalgo que no se habían hecho para él los goces y dulzuras de la quietud. Bien se le alcanzaba que, aun cuando el oro de sus cabellos y de sus barbas no tenía aún mezcla, la juventud se le iba por puntos: comenzaba á correrle ese escalofrío que produce el sentir el alma joven en el cuerpo que á madurar comienza. Sabio, gustaba el honesto y picante olor del membrillo en el arca guardado: prudente, se apercibía para gozar del ya cercano otoño, puesto que siempre los otoños le fueron propicios. Pero aún la hora del reposo no había sonado. Aún era menester ganarle, y en consecuencia Miguel se trasladó á la corte.

Encontró allí á su hermana doña Magdalena, *desvaida y marchita* su pasada hermosura, la aguileña faz encubierta con el velo negro que de allí en adelante había de encuadrarla y el corazón, blando siempre, muy propenso entonces á liquidarse y salir en lluvias de lágrimas por los ojos. Encontró á su hermana doña Andrea, como siempre, decidida y animosa y, como siempre, dispuesta á ponerle pleito al lucero del alba que en forma

de pretendiente ó solicitador de ella ó de su hija se le presentase.

Viuda ya doña Andrea por segunda vez, en ella hemos de ver una gloriosa antepasada de la ilustre y memorable generación de viudas amables y listas que han forjado la mitad de nuestra historia social y puesto sus hilos en la trama de la historia política. Doña Andrea era aún, sin duda, una señora de buen ver, frescachona y apetitosa. La prueba es que después, viuda en segundas nupcias del florentín Santes Ambrosi, se casó con el general Alvaro Mendaño, de quien nada sabemos. Era una de esas señoras cincuentonas que no parecen sino hermanas de sus hijas, y á quienes aman los generales de blanca perilla, pero de espíritu un tanto donjuanesco aún. Doña Andrea y su hija doña Constanza de Figueroa y de Ovando debían de andar por Madrid con cierta agradable y simpática libertad. Las dos estaban en disponibilidad para casarse y no habían de oponer resistencia á los cortejos que buenamente les saliesen.

Uno de ellos fué el noble señor aragonés D. Pedro de Lanuza y de Perellós, hijo del vizconde de Rueda y de Perellós don Juan de Lanuza, cuarto Justicia Mayor de Aragón, y hermano de D. Juan de Lanuza, el último Justicia, á quien, por torpeza suya y por crueldad y desatentado proceder de Felipe II, ajusticiaron en Zaragoza tres años antes. La iracundia del monarca ó la suspicacia de los ejecutores de su voluntad había hecho que fuesen confiscados todos los bienes de los Lanuzas: para levantar la confiscación vino á Madrid D. Pedro, que era caballero de Santiago. Andando por las calles ó visitando gradas y atrios de iglesias, tropezó con las Cervantas é hizo el amor á doña Constanza de Ovando. Al llegar Miguel á Madrid, las cosas estaban muy mal entre los dos amantes. Don Pedro que, pobre y con los bienes empeñados, había creído muy gracioso juego los amores con la pobre doña Constanza, al ver que sus pretensiones llevaban buen camino y que el Rey estaba con ánimos para resarcirle de los pasados perjuicios concediéndole una encomienda de su orden, creyó prudente zafarse del compromiso con las Cervantas, las cuales no dejaron de poner en práctica sus ya conocidos recursos ni de exi-

gir á D. Pedro las indemnizaciones en tales casos acostumbradas, primero por la buena y amistosamente, y después por el camino de las demandas judiciales.

Mucho debió de pesar en el ánimo de Miguel ver á su prudente hermana doña Andrea metida nuevamente en pleitos de la misma índole que los pasados. En su persona y en las de su familia iba produciéndose la amarga y tirante excitación que el papel sellado suele dejar en las casas que visita con frecuencia. Cosa triste era estar condenado á vivir siempre entre papeles del sello: más triste aún y más propia para conducir un alma grande á la magnífica filosofía del desprecio supremo el ver cómo en casi todas las casas de la corte se enredaban y desenredaban al mismo tiempo intrigas semejantes á la de doña Constanza y D. Pedro de Lanuza, promesas de matrimonio, palabras y pleitos, tramas y líos de escondidos y ojitapadas, todo lo cual iba hirviendo en la olla de Madrid, y de ello habían de salir las damas duendes de Lope, de Tirso y de Calderón, y las desenvueltas damiselas, los curiosos y sabios Alejandros, de Salas Barbadillo, los Cleofases y los Cojuelos de Vélez de Guevara, el poeta gigante, y las cotorreras, pedigüeñas, buscones y caballeros tenazas de Quevedo. Conocía ú olfateaba ya Miguel lo que se venía encima y á más andar, que ya no era la época suya, ni la sazón propia de su genio, y sí el principio de la decadencia; pero claro está, que si él lo olfateaba, no lo notaba aún todo el mundo y más de medio siglo había de pasar antes que lo notara nadie.

En las aulas regias ya apenas quedaban vestigios de aquella corte militar que rodeó á Felipe II en los primeros años de su reinado, heredada de su padre y sostenida por el ejemplo de Don Juan de Austria. El guerrero había desaparecido completamente de la corte: á gran distancia se le tenía y desde El Escorial, cuya última piedra iba á colocarse entonces, se le mandaba hacer algún hecho señalado para pintarle en la sala de batallas.

El enfermizo y agudo diplomático D. Cristóbal de Moura era el hombre que manejaba y dirigía los hilos del vivir de la nación cuando las gotosas manos de D. Felipe II se cansaban. El secretario Juan de Idiáquez, hombre administrativo y puntual como

buen bascongado, pero en quien es inútil buscar la genialidad vigorosa de Antonio Pérez, era quien lo arbitraba y disponía todo, según los mandatos de D. Cristóbal y de Don Felipe. Viudo por cuarta vez el rey y ya muy endeble de salud, preparaba la jura de su hijo el príncipe D. Felipe como heredero de la Corona. Este futuro rey era un enigma: sabíase únicamente que era un amable y discreto cortesano. Se hablaba de tempranos amoríos suyos con algunas grandes damas andaluzas: se contaba y no se acababa de su devoción ejemplar. Miguel oyó todas estas cosas en la corte y se persuadió tristemente de que la raza heroica de Don Juan se había extinguido.

Su antiguo amigo Agustín de Cetina, tal vez por recomendación de su dependiente Juan de Tamayo, que también conocía á Miguel, no tardó en agenciarle una nueva manera de vivir, si nueva manera puede llamarse al oficio de agente ejecutivo, comisionado por el rey ó sea por su Consejo de Hacienda para cobrar dos millones cuatrocientos cincuenta y nueve mil novecientos ochenta y nueve maravedises que al fisco se debían de las tercias reales y alcabalas del reino de Granada. Este cargo, en realidad, no era ménos difícil que el de comisario de abastos para la Armada: antes bien, sus dificultades y tropiezos aumentaban en razón á que no se trataba de recoger trigo y aceite que nunca suelen faltar en los pueblos, sino de sacar dinero, del que jamás hubo abundancia y sacarlo por atrasos en el pago de contribuciones. Para ello llevaba Miguel autoridad de juez ejecutor y podía procesar y prender á las personas, embargar los bienes y vender en pública subasta los redaños de los pobres deudores, si era preciso.

Como se ve, no era un hueso fácil de roer el que le arrojaba á Cervantes su antiguo amigo Agustín de Cetina ó los personajes á quienes habló éste para lograr tal comisión. Por añadidura, hacía falta que Miguel presentase un fiador abonado, pues claro está que no bastaba su crédito personal para concederle tantas facultades y dejar á su disposición una cantidad que él mismo había de recoger y entregar á la Hacienda. La fianza había de ser cuantiosa y los pocos amigos que Miguel tenía en la corte no

eran ricos. No se sabe cómo dió con un tal D. Francisco Suárez Gasco, hombre rico, pendenciero y mala cabeza, quien ofreció dar fianza de cuatro mil ducados para que saliese Cervantes del apuro.

Era D. Francisco Suárez Gasco un caballero perteneciente á buena familia de Tarancón, pero su fama no respondía á lo ilustre de su nombre. Había estado procesado por achacársele que quiso matar á su mujer, y condenado á destierro de la corte. Por hombre de poco más ó menos, á pesar de sus bienes, era tenido, y cuando firmó la fianza en 1.º de Agosto, hubo un contador bascongado, Enrique de Araiz, que pidió se le exigiese mayor cantidad. ¡Qué tales serían la pinta y trazas del sujeto! Sacó Cetina la cara por Cervantes, pero no logró que la fianza de Suárez Gasco fuese estimada suficiente. El 13 de Agosto se le dió á Miguel la Real carta de comisión para cobrar la cantidad dicha del tesoro de la Casa de la moneda de Granada, de la renta de la *agüela* de allí mismo, de las tercias de Ronda, de las alcabalas y tercias de Loja, Alhama, Guadix y su partido, Baza, Almuñécar, Motril y Salobreña. Todo ello había de cobrarlo en cincuenta días de término á lo sumo, y entregarlo en las arcas de tres llaves á D. Pedro Mesía de Tovar, que hacía de Tesorero general entonces, y debía hacerlo en persona, sin delegar en nadie, y cobrando 550 maravedís diarios de jornal para él y para sus ayudantes.

La lectura de la carta de comisión debió de parar pensativo á Miguel. De tal suerte está redactada, que si no hubiera pasado á la Historia por referirse á Cervantes, merecía pasar cual modelo de nuestra literatura administrativa y ejemplo de nuestras costumbres burocráticas. En ella se especifican con inquisitorial rigor los deberes del comisionado, y hasta se le amenaza ó poco menos si se excede en lo más mínimo; pero al decirle lo que ha de cobrar se incurre en dos inexactitudes gordas: una reparada y rectificada en el mismo documento, y otra que Cervantes hubo de comprobar después, en el lugar á donde se refería. Tal era el desbarajuste, que ni siquiera sabían los que encargaban la cobranza de unas rentas, cuál era su importe, ni si, en efecto, estaban pagadas ó no.

Apechugó, sin embargo, Cervantes con tan enojosa comisión, y el 20 de Agosto expuso nuevamente al Rey que la fianza de Suárez Gasco debía parecer bastante, "atento á que yo no tengo más fianzas y á ser yo hombre conocido, de crédito y casado en este lugar". Picó en este último anzuelo el escrupuloso y reparón contador Araiz, y dijo que si su mujer tenía bienes, se le admitieran á Miguel como fianza. Fué necesario entonces que Doña Catalina se comprometiera y obligara sus bienes y firma solidaria y mancomunadamente con su marido, lo cual hicieron el 21 de Agosto, al día siguiente de la petición, hallándose ambos en Madrid y, por tanto, lejos Doña Catalina de la sugestiva influencia de su hermano Francisco de Palacios y convencida por las palabras con que Miguel pintaba la necesidad absoluta de tal compromiso. Estos fueron los frutos positivos de aquel ligero renacimiento amoroso; y tales son los trances y pasos de la vida, en donde rara vez, por más que disimularlo queramos, podemos desenredar del amor, más de cerca ó más de lejos, al interés, voluntaria ó impensadamente.

Partió con esto Miguel para Granada y no debemos pensar que si las demás grandes ciudades por él recorridas causaron efecto en su espíritu, no había de suceder lo mismo con la ciudad más inquietante y perturbadora, con la que ha criado los ingenios andaluces más parecidos á los de Castilla y más clásicamente castellanos.

Si es Córdoba la ciudad del contemplativo y del dogmático, es Granada la ciudad del pensador revolucionario, del forjador de contrastes fecundos y de fértiles antinomias. Lo hace esto la presencia constante de la nieve en la altura, de la vegetación africana en lo bajo. Aunque atareado y ajetreado por la premura de su comisión, Cervantes en la ciudad y fuera de ella, después, en los pueblos de la Alpujarra, que recorrió para bajar á Málaga y volver á Sevilla, tuvo tiempo de otear por un lado los picos del Veleta y del Mulhacen, eternamente blancos é impasibles, y al pie de ellos la fecunda y floreciente vega granadina, en cuyas verdes frondas reposaron su vista los reyes poetas y las cautivas nostálgicas á quienes desazonaban los recuerdos. La nieve de los

picachos parecía cada amanecer un poco más cerca del cielo y la espléndida verdura del suelo semejaba crecer, ensancharse y multiplicarse de día en día, amagando envolver toda la tierra circunstante donde los nopales se arrastraban, las pitas se erguían y las cañas bravas surgían como candelabros de cien picas por sobre las tapias de los huertos. En los patios y jardines de las casas, el acre olor del arrayán y del mirto empujaba hacia arriba el olfato y al levantar la cabeza se tropezaban los ojos con la sombra benévola de los granados, cuyos frutos comenzaban á rojear, pintados con oro y con sangre por el sol de minio que por el cielo cobaltino navegaba. Allí los hombres paseaban graves, ahidalgados, sin la bulliciosa alegría sevillana: allí las mujeres, celadas y enceladas tras de las rejas y celosías, arrullaban y se dejaban arrullar sin sacar á la calle más que una mano ó un brazo. La grandiosa calma de los moros poderosos y la incomportable y suicida fiereza de los moros peleantes, de los últimos días de los Nazaríes, habían dejado aquí y allá profundos surcos en los caracteres y en las palabras. El contraste notado ya en el paisaje, se advertía también en los espíritus. Los cristianos granadinos parecían moros de la víspera y los moriscos, que aún muy numerosos ocupaban la ciudad, eran morigeradísimos y suaves como si les hubiera educado el Evangelio.

Granada era la ciudad conveniente para que la considerase el Ingenioso Hidalgo al llegar á la madurez. Ella hizo que Miguel ahondara más y más la idea concebida ya, ó, al menos, diseñada de un grande y fundamental contraste en el que se podría encerrar la vida entera. A las blancas cimas del Veleta y del Mulhacén, vistas frente por frente á los verdes granados y á las carnosas chumberas y á las deshilachadas y socarronas pitas de la Vega granadina, debemos en gran parte la antítesis ideal y la magna síntesis de Don Quijote y de Sancho.

CAPÍTULO XXXIX

UNA COMISIÓN DIFÍCIL.—UNA DESGRACIA.—MIGUEL VUELVE
Á LA POESÍA.

De Granada á Baza, pasando por Guadix, Cervantes llevaba siempre á la derecha la Alpujarra, imponente y majestuosa, cuyas crestas doraba el sol poniente todas las tardes. A la izquierda, las vegas fértiles de la taha de Guadix y la Hoya de Baza seguían ofreciéndole el contraste ya en Granada advertido. La llanura humaniza el espíritu, la montaña le alza por cima de las humanas miserias.

Caminar entre montañas como la alpujarreña, donde hicieron su asiento las más viejas y duras gentes que á España llegaron, las que dejaron sus huellas sólo en lo menos sujeto á mudanzas, que son los nombres de lugares, el despiezo de tierras y el álveo y curso de los ríos, viene á ser algo como reconocer é inferir los rasgos y formas de una raza ó de una especie desaparecida. No sé quién ha dicho que las montañas son los verdaderos habitantes de la tierra, siendo nosotros como hormigas ó lombrices que torpemente por ellas trepamos. La Alpujarra es la osatura de uno de aquellos gigantes que horadaron istmos, hendieron cauces, inundaron navas y desparramaron bosques. Miguel, de joven, había gozado una de las alegrías más grandes de que es dable gozar en el angosto planeta donde nos rebullimos: la de pasar los Alpes y tender desde ellos la vista por Italia. Miguel, ya probado en el caminar de la vida, andaba ahora las laderas de la Alpujarra y contemplaba con reverencia aquellos lugares donde la Naturaleza, no renovada, ofrecía el antiguo y